

sos é imponentes que el del Bernica. En este sitio, á la otra parte del *Brulé de Sain-Paul* (Quemado de San Pablo), es donde se encuentran las aguas sulfurosas de Mafatte. Fueron descubiertas, hace algunos años, por un habitante del cuartel, Mr. Troussaille, hijo, atrevido cazador, y uno de los mas infatigables *trepadores de riscos* de la colonia. El camino que conduce al manantial sulfuroso, está aun lleno de dificultades, y ofrece mas de una escalera que subir.

No lejos de las gargantas de Mafatte, está Aurere, localidad tambien muy salvaje, y tambien de difícil acceso. MM. Lemarchand, que emprendieron el cultivo de aquellos puntos elevados, han logrado gran éxito. Han aclimatado en Aurere diferentes árboles frutales de Europa, como el olivo, el albaricoquero, el ciruelo, el almendro, y otros de la misma familia. El pino y la encina, han prendido tambien á maravilla. Desde la meseta de Aurere se goza de unas vistas á la vez las mas severas y las mas magestuosas de la isla. Por un lado el Cimandef, por el otro el gran Benard, elevando á la altura de 2,300 y 2,900 metros sus cimas recortadas; y entre las dos cadenas, aparece en el horizonte el punto culminante de la isla: el Pico de las Nieves, cuya elevacion escede de 3,000 metros; y parece como un gigante que apoya cada mano sobre la cabeza de uno de sus hijos.

## III.

## DE SAN PABLO Á SALACIA.

La Partida del viento y la del sotavento.—Tranquilidad de la vida colonial.—Vuelta á San Dionisio.—Santa María.—Santa Susana.—Invasion de la caña de azúcar.—Desaparicion de los cafetales y árboles de especias.—Champ-Borne.—San Andrés.—Canciones proverbiales.—Escursion á Salacia.—Historia del negro Encheing.—Naufragio en el puerto.

San Pablo fue hasta hace poco cabeza de uno de los distritos de la isla, llamado Partida de Sotavento. La Reunion está dividida en dos regiones principales, y San Dionisio es á la vez la capital de la colonia y cabeza de la Partida del Viento. Estas denominaciones están tomadas del lenguaje marino, y se aplican segun la situacion de cada uno de los distritos, con relacion á la direccion de los vientos generales de la comarca.

La Partida del Viento es la mas fértil y fresca; y en ella llueve casi todo el año. Las brisas son tambien muy fuertes y á veces muy desagradables, como en San Dionisio. La Partida de Sotavento, es estéril en muchos puntos, y no llueve en ella sino durante la estacion lluviosa, que es el verano, ó sea desde octubre á marzo, pero entonces llueve á torrentes, como en toda la isla. Al mismo tiempo se eleva mucho el calor, y es muy frecuente que suba el termómetro á 35° del centígrado. Durante la estacion

seca, baja la temperatura, y el cielo está despejado, sin que la menor nube empañe su azulado manto. En esta época se disfruta en San Pablo de un clima de los mas agradables, que compensa los fuertes calores del verano.

A pesar de la tranquilidad y dulzura de tan hermoso pais, que parece convidar al placer y á la vida exterior, los sanpaulinos, como se llama á sus habitantes, viven encerrados en sus casas silenciosas; y solo en las calles principales de la ciudad se observa un poco de movimiento durante el dia. Los hermosos jardines que hay á la entrada de cada casa, están sin cultivo, y las galerías ruinosas: cualquiera creeria que aquellos edificios están inhabitados. Por las noches se suspende enteramente la vida. Apenas la débil luz de un quinqué alumbrá alguna galería; y mientras que á las puertas de las verjas que dan á la calle, están en conversacion los criados de cada casa, mezclados hombres y mujeres, indios y negros; se oye á sus amos que, tendidos en anchos sillones, dormitan en la galería ó en el jardín de una manera bastante sonora. Pronto se apaga la luz, y con ella la poca vida que quedaba á la ciudad. Esta se aduerme, y no consiente en renacer hasta el otro dia por la mañana. Ya se sabe que en los trópicos anochece muy temprano, y los crepúsculos son de poca duracion; y esto sucede todo el año; y como el sol sale tarde, resulta que los sanpaulinos se condenan, con mucho placer, á doce horas de muerte cotidiana. Gozan en toda Reunion cierta nombradía á causa de su vida indolente y perezosa; y aunque en San Dionisio y en San Pedro no son las veladas mas divertidas, todavia se llevan la palma los sanpaulinos, en punto á negligencia y abandono.

No habia ido yo á San Pablo para hacer vida monástica, y aprovechéme de los primeros dias buenos de mayo para regresar á San Dionisio.

Despues de pasar otra vez algunos dias en esta ciudad, y de hacer una visita al gobernador de la colonia, el excelente Mr. Darricau, á quien fuí á ver en su ermita de San Francisco, á 500 metros sobre el nivel del mar y del palacio del gobierno, volví á empuñar el báculo del viajero. Un criollo, de quien me habia hecho amigo, y que llevaba gloriosamente el nombre romano de Manlius, me propuso que le acompañase á su hacienda de la costa de las Rocas, y de allí á los manantiales termales de Salacia. Acepté, y el 7 de mayo partimos de San Dionisio.

A la salida de la ciudad, el camino es de los mas animados: un verdadero jardín, un gracioso principio del camino de circunvalacion que da la vuelta á toda la isla, teniendo por límites, á un lado el mar acariciando la escarpa, y al otro plantaciones de vainilla rodeadas de árboles de oscura sombra, ó de campos de caña ó de maiz, cuyas puntas mece el viento.

De trecho en trecho, bonitas aldeas, como solo en Borbon se ven, ocultas entre cocoteros y tamarindos, se suceden como los anillos de una cadena, para variar aquel paisaje encantador. A la derecha, destacándose en el horizonte, picachos basálticos; rocas vomitadas por el fuego central de la tierra, y salidas del Océano, se suceden en línea no interrumpida, que se prolonga de Noroeste á Sudoeste, siguiendo el

gran eje de la isla. Las faldas de aquellas montañas escabrosas están cubiertas de bosques aun vírgenes, donde se encuentran el ébano, el palo redondo, el olivo, el palo fétido, el palo blanco, el palo amarillo y otras mil especies coloniales, que se designan con nombres tan sencillos como estos.

La aldea de Santa María, situada cerca de San Dionisio, como lo está Auteuil junto á París, for-



Celimena. mulata y poetisa.

maba la primera etapa de mi agradable escursion.

Desde Santa María á Santa Susana, van sucediéndose las casas á derecha é izquierda del camino; y á poco se descubre el faro del Bel-Air, que levanta entre los *filas* su blanca torre, cuya base lamen las olas del mar. Despues de Santa Susana, viene el Cuartel-francés, sembrado antiguamente de arroz, trigo y maiz, y hoy de cañas de azúcar, como sucede en todas las tierras de la colonia. La planta preciosa lo ha invadido: se estiende hasta las faldas de los montes, y baja hasta las orillas del mar, y por ella se ha olvidado todo otro cultivo. El arroz, base de la alimentacion criolla, se importa de las colonias de la India, asi como el grano para los animales. La

carne, gallinas y demás se traen de Madagascar, de donde se esporta tambien arroz que compite con el de la India. Posible es que, siguiendo este sistema, llegue un dia en que la colonia perezca de hambre. Pero ¿qué importa? La caña es un excelente cultivo, que rinde grandes provechos: resiste á los huracanes, y la recoleccion es segura.

Las haciendas de Champ-Borne, que no tardamos en atravesar, están tambien dedicadas casi exclusivamente al cultivo de la caña. En el último siglo producian, sobre todo, café y especias, artículos que aquella época constituian la riqueza de la colonia. El café, cuyos planteles se traian directamente de Moka, y los árboles de especias, productores del clavo

y de la nuez-moscada, que el naturalista Poivre, con riesgo de su vida, fué á traer de las colonias holandesas de la India, tenían convertida la isla Borbon, en el siglo XVIII, en un inmenso jardín florido. Los huracanes de 1806 y 1807, y el de 1829,

destruyeron sucesivamente todos los árboles grandes de la isla; primero los de especias, y despues los del palo negro, que servian de abrigo á los cafetales. Entonces varió el cultivo, y en 1815 fue importada en Borbon la caña de azúcar que con tan buen éxito



Barbero indio en la Reunion.

se explotaba en Mauricio. Sabido es el vuelo que ha tomado desde entonces: los demás cultivos se han descuidado casi enteramente. Sin embargo, aun sigue cosechándose en Champ-Borne el tabaco en gran proporción, y los criollos fuman con deleite las hojas que proceden de aquella comarca, arrolladas en forma de aromáticas y húmedas zanahorias. El cultivo de los árboles frutales, y en particular los naranjos, limóneros, los vangasayas ó mandarines de Borbon,

es también uno de los principales productos de esta localidad.

Después del Champ-Borne, atravesé á San Andrés, otro cuartel sembrado de flores y cubierto de sombra como los precedentes. A trechos se elevan ricas habitaciones, que comunican con la carretera por medio de magníficas alamedas de palmitos. Este árbol crece naturalmente en los bosques del interior. En la parte superior del tronco tiene un ramillete de hojas

tiernas, arrolladas y fuertemente comprimidas entre sí: este es el chupon. Derriban el árbol para comer el chupon, y esta es la mejor ensalada, y la legumbre mas agradable que puede servirse en la cueva de un cata-vinos.

Saliendo de San Andrés, pasé por un puente colgante el río del Mástil. En la época de las lluvias, arrastra aguas impetuosas, pero que jamás se han llevado el puente.

El río de las Rocas, que sigue al del Mástil, era el



Un médico indio en la Reunion.

término de mi viaje. En casa de mi amigo encontré buena cena y buena cama, de que dí gracias á los dioses. Allí vivía, estimado por todos sus amigos, y á manera de patriarca, un venerable padre, á quien despues arrancó la muerte á los cuidados respetuosos de su hijo. Era un marsellés de la antigua cepa, que sabia de memoria todas las canciones provenzales de los trovadores pasados y presentes. Acogíome con un

cantar, y nos sentamos alegremente á la mesa. Como viajero cosmopolita me habia yo acostumbrado al género de vida criollo, y al régimen alimenticio de los colonos. El arroz rociado con *carry*, el pimiento picante como la pimienta, los *achards*, teñidos de azafran, los *rugayes* funestos á los paladares novicios, eran ya mis platos favoritos, y solo los habia estrañado los primeros dias. Mezclaba yo todo esto en el

mismo plato con el pollo, los *bredos* ú hojas de yerba-mora, y los *bichiques*, pescados microscópicos de que se engulle uno ciento en una cucharada. Siguiendo la moda colonial, tenía cada uno un vaso grande para el agua, y otro pequeño para el vino y los brindis. También tenía cada uno delante de sí el sacramental lavabo de cristal azul, que en la isla de Borbon se sirve desde el comienzo de la comida, y en el cual, he visto á varios criollos, lavarse las manos diversas veces mientras están en la mesa. El colmo del buen gusto, consiste en mojarse de vez en cuando los dedos, y pasarlos por el bigote, cuando uno está provisto de este apéndice coqueton.

En casa de Mr. Manlius, no hicimos ese uso irreverente del lavabo; ni nuestro huésped nos dió uno de esos banquetes homéricos, como alguna vez se acostumbra en la Reunion, donde, como en la *Iliada*, se sirven carneros, y hasta bueyes enteros; pero en cambio, nos condujimos todos bizarramente. Un monte de arroz, todo un jardín de breña, dos ó tres habitantes del corral, y algunos millares de bichiques, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Al parecer, el calor de los trópicos aumenta el apetito. Lo propio sucede con la sed. Todo convidado bebió á la salud de cada uno de los demás, y á los postres, Mr. Manlius, padre, nos cantó, con voz aun fresca, todos los cantares provenzales que había aprendido en su juventud. La bellísima lengua del Mediodía, sonora y armoniosa, mezclada de griego y latín, cuya prosodia ha conservado, era aun mas dulce á mi oído hallándome á 3,000 leguas del suelo patrio. Dí, pues, gracias de todo corazón á mi amable compatriota, cuyos recuerdos estaban tan vivos, y cuyas canciones acababan de traer á mi memoria los mas hermosos dias de mi infancia.

En torno de la casa donde se me había dado tan amable hospitalidad, crecían algunos árboles de especias, últimos restos del siglo pasado. El cacao, el yuca y la vainilla, se cultivaban allí también, y hacía la parte de río de las Rocas, cubrían el suelo, con su fresca sombra el mangustan, el jamalac y el jamrose.

Desde este delicioso retiro, donde pasé algunos dias felices, salí una mañana para ir á visitar las aguas termales de Salacia, que están situadas al extremo de las bocas del río Mástil, á unos 1,000 metros de elevación. Este sitio tropical es una verdadera estación alpestre, y los habitantes de Borbon vienen muchas veces en verano en busca del fresco de los países templados.

A lo largo del río del Mástil, el camino está pegado á la falda de una montaña, sobre un precipicio cortado á pico, en un lado, y en el otro altas columnas de basalto que parecen prontas á desplomarse sobre la cabeza del viajero. El puente de madera de

la Escalera y el puente americano de Salacia, señalan dos etapas de aquel pintoresco camino, en cuyas laderas crecen como la liana, frambuesas y grosellas silvestres. Por todas partes surgen manantiales de agua fresca, cuyos riachuelos se precipitan alguna vez en cascadas, y parecen correr con deliberada intención para ofrecer á los transeuntes el medio de refrigerarse agradablemente y sin fatiga.

Mr. Manlius, hijo, que me acompañaba, me presentó en Salacia, donde nos detuvimos, al fundador de aquella aldea, Mr. Cazeux, quien en 1830 se había fijado en aquel sitio con su familia. En aquella época no tenía puentes el Mástil, siendo necesario buscar los vados al tiento; y Mr. Cazeux se acuerda de haberlo atravesado mas de treinta veces en un viaje, para llegar á su término. Un año, en que la tempestad engrosó la corriente del río mas de lo regular, no pudo bajar en todo el mes de San Andrés para hacer provisiones, y hubiera muerto de hambre á no ser por un campo de calabazas que había plantado, y que le sirvió de maná providencial, salvando á él y á los suyos.

Pasé la noche en Salacia, y al amanecer del día siguiente proseguí mi camino hasta las fuentes termales, por las cuestas de la Savana y de la Laguna de las zarzetas, ó gallinas de agua, sitios que me recordaron, aunque en miniatura, uno, las agrestes gargantas de los Pirineos, y el otro, los apacibles lagos de Suiza, rodeados de sombríos bosques.

En tan pintoresco camino, llegué al fondo del circo de Salacia. Visité allí el establecimiento de baños, el hospital y algunos graciosos *cotagges* (1) de los alrededores. Las aguas minerales proceden de dos manantiales diferentes; una caliente, á 32°, y la otra á la temperatura ordinaria. Son ferruginosas, gaseosas y alcalinas. Fueron descubiertas en 1831 por cazadores de cabritos. De su análisis resultó ser muy semejantes á las aguas de Vichy; y se emplean, como éstas, con buen éxito en las enfermedades del hígado y del estómago. Cuando están recién tomadas de la fuente, son de agradable bebida, y burbugean como el agua de Seltz. Los trabajos para el aprovechamiento de las fuentes termales no fueron dirigidos con bastante cuidado; así es, que las aguas del torrente vecino se han mezclado con la mineral, por lo que, es preciso calentar el agua para los baños de los enfermos, con gran pérdida de sus elementos químicos, y por consiguiente de sus propiedades medicinales.

El circo de Salacia es, con el volcan del Grand-Brulé y el circo de Cilaos, otros dos sitios que pronto visitaremos, uno de los puntos mas curiosos de la isla de la Reunion. Las montañas que forman el

(1) Palabra tomada del inglés, que significa casita de campo de elegante sencillez.

circo se elevan como cortadas á pico por todas partes; están cubiertas de árboles, y sus cimas se hallan envueltas en nubes, con mucha frecuencia. El Picacho de los Negros, el Gros-Morne y los Tres Salacios, puntos culminantes de la isla, asoman por detrás del circo, y forman como el último término de un cuadro. Mirando en dirección de Salacia, se descubre á la derecha la montaña de la Ventana, con su còrtina de eterna verdura, por donde salen numerosas cascadas de espuma blanca que cae en forma de polvo. El nombre de esta montaña, procede de la singular quebradura que interrumpe en un punto su cumbre rectilínea. A la izquierda, está la montaña llamada *Morne de Fourche*, y aislado en el centro, como un cono gigantesco, el Picacho D'Encheing, cuya cima se eleva hasta 1,400 metros de altura.

Este Picacho tiene su leyenda. Encheing era un esclavo mozambique que rompió sus cadenas y se hizo *cimarron*. Escondióse primero en las gargantas del río del Mástil, entonces inhabitadas, y para evitar con mas seguridad la persecucion de los destacamentos que se enviaban en aquella época en busca de los esclavos fugitivos, se amparó en el escabroso picacho, á que ha dado su nombre. Se abrigó en una *ajoupa*, especie de choza de salvaje, y se mantuvo con raíces de *songes* y de *fanjans*, especies de elecho que contienen fécula nutritiva. Tenía agua fresca y pura allí cerca, y nada mas era necesario al buen africano, que no deseaba otra cosa que libertad á la luz del día. Habíale acompañado su mujer, y vivió por espacio de diez años contento y dichoso en aquel retiro inaccesible. Supo conducirse como buen marido y buen padre, y sin que interviniese allí el látigo del capataz, crió lo mejor que pudo á los siete hijos que le dió su fiel compañera. Pero la excesiva seguridad suele perdernos, y un dia en que Encheing había encendido fuego delante de su choza, el humo azulado que se elevaba entre los árboles, descubrió su retiro. Fue preso, sin que pudiera defenderse siquiera, y devuelto á su amo, quien, segun dicen, lo perdonó en consideración á su numerosa familia.

Cuando mi compañero de viaje acabó de contar esta interesante historia, nos hallábamos ya de vuelta en la aldea de Salacia. Hicimos enganchar el carruaje, y bajamos al trote corto el camino, en forma de precipicio, que conduce á San Andrés.

Hacia el lado del abismo no hay parapeto alguno. La Providencia veló por nosotros una parte del camino; pero apenas habíamos pasado el puente de la Escalera, cuando cayó nuestro caballo. Se rompió una de las varas, y nosotros fuimos arrojados fuera del vehículo. Dichosamente salimos sanos y salvos, sin la menor fractura, habiendo ido á caer exactamente en medio del camino.

Después de haber reparado de la mejor manera

posible el desperfecto del carruaje, lo entregamos al criado indio que nos había seguido, corriendo detrás, segun costumbre del país. Concluimos á pie nuestro viaje; pero decididamente se había declarado contra nosotros la cólera celeste, pues apenas habíamos salido de San Andrés, empezó á llover á torrentes. Era una de esas lluvias que solo se ven en los trópicos y en aquella parte de la isla Borbon. Todas las cataratas del cielo corrian á la vez; en cosa de una hora había un pie de agua; el horizonte estaba continuamente iluminado por los relámpagos, y el trueno, repetido por todos los ecos de la montaña, dejaba oír un redoble interminable. Al mismo tiempo se nos había echado encima la noche, negra y profunda, y no veíamos á dos pasos de distancia. Yo no conocía ya el camino, y andaba como por dentro de un río, que bajaba por la rápida cuesta, inundándome hasta media pierna, y amenazando arrastrarme en su corriente. Apenas vislumbraba á mi compañero, y de vez en cuando gritábamos para no separarnos uno de otro. Al fin, salieron á nuestro encuentro con linternas y llegamos mojados literalmente hasta los huesos. De este modo inesperado, acabó una expedición tan agradablemente comenzada. Habíamos naufragado en el puerto, y sino podíamos decir que nuestro cargamento había caído al agua, se hubiera podido creer que habíamos caído nosotros mismos.

## IV.

## DE SAN BENITO AL VOLCAN, Y Á SAN PEDRO.

Las compañías de San Benito.—Desbordamiento de los ríos.—El Quemado de San Benito.—El Quemado de Santa Rosa.—El Gran Quemado.—Corriente de lava.—El fondo de la Marmita.—Los billetes de Banco de San José.—Las obras del puerto de San Pedro.—Los huracanes y las corrientes de marea.—Las producciones y el comercio de la colonia.

De la apacible morada de la margen del río de las Rocas, donde hallé tan benévola hospitalidad, me dirigí á San Benito, otro de los cuarteles mas importantes, después del San Dionisio. También es de los mas fértiles y mejor regados. Allí es donde producen las mas ricas cosechas la nuez-moscada y el clavo de especia, y donde la caña sienta perfectamente. Hay en aquellos alrededores numerosos ingenios de azúcar, y mas de un plantador de este canton, mas de un *habitante*, como se llama en Borbon á los grandes cultivadores, hoy diez veces millonario, comenzó su fortuna, sin mas recursos que su trabajo. La tierra que el colono rotura y planta, le recompensa con usura; y para los hombres inteligentes y laboriosos hay aun en la Reunion mucho dinero que ganar y posibilidad de hacer gran fortuna. Para todos hay sitio bajo el sol de los trópicos.

En San Benito subí en la diligencia de San Pedro.